

CAPÍTULO X

La pandemia manufacturada:
¿quiénes creen en teorías conspirativas sobre Covid-19 en Argentina?

Hugo H. Rabbia
Silvina Brussino

La emergencia global producida por la COVID-19 es un contexto ideal para la circulación de todo tipo de *informaciones* de dudosa calidad sobre su etiología, síntomas, prevención o cura de la enfermedad. Sátiras, supuestas sanaciones milagrosas, rumores, informaciones intencionalmente falsas (*fake news*), o teorías conspirativas de diversos tipos se han compartido a través de redes sociales por todo el planeta e incluso, a partir de declaraciones de líderes como Trump o Bolsonaro, se han reproducido en diversos medios de comunicación. Con el correr del 2020, si bien el volumen de propagación de noticias de dudosa calidad comenzó a mermar (Galotti, Valle, Castaldo, Sacco & De Domenico, 2020), diversos argumentos negacionistas y conspirativos sobre el coronavirus o la gestión de la pandemia se repitieron con fuerza en redes sociales y surgieron manifestaciones contra la cuarentena en todo el mundo.

En todos los casos, estas *informaciones* comparten el hecho de que no están basadas en evidencias científicas reconocidas, por eso pueden promover o legitimar comportamientos socialmente irresponsables, conllevar al aumento de la propagación del coronavirus o a mayores problemas de salud física y mental en las personas. Se trata de un fenómeno que no es necesariamente nuevo y que desde la info-epidemiología se ha denominado como “infodemia” (Zaracostas, 2020). Incluso antes de decretar el estatuto de pandemia de la COVID-19 en marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS) alertó del peligro que podía suponer la sobreinformación de mala calidad, en un contexto en el cual la comunidad científica tenía grandes incertidumbres sobre la novedosa enfermedad.

De las variadas ideas desplegadas por estas *informaciones*, nos interesan en particular las teorías conspirativas sobre el coronavirus, esto es, aquellas ideas que atribuyen diversos tipos de responsabilidad sobre la crisis pandémica a grupos poderosos que confabulan en secreto para alcanzar objetivos malévolos (a partir de la definición de Bale, 2007). En general, las teorías conspirativas sobre el coronavirus se concentran en sus causas u origen, entendiendo que el virus ha sido manufacturado por poderes oscuros, y que su propagación forma parte de un amplio plan para que las sociedades adopten ciertos comportamientos o acepten diversas estrategias de control social que les permita a estos grupos satisfacer sus intereses. En algunos casos se articulan con argumentos negacionistas, sean estos

absolutos (la idea de que el coronavirus no existe y que la sociedad global está siendo víctima de un engaño masivo) o moderados (la idea de que la COVID-19 es una enfermedad común y que las acciones desarrolladas por las autoridades han sido intencionalmente exageradas). Algunas de estas ideas pueden ser evidenciadas en *hashtags* en redes sociales como #Plandemia, #Gripezinha, #Covidfarsa o #NWO (por *New World Order* o nuevo orden mundial).

Las teorías conspirativas han sido un objeto de interés esporádico para la Psicología Política, aunque desde hace ya algo más de una década los esfuerzos por comprenderlas han sido más relevantes. En parte, esto se debe a que la adhesión a teorías conspirativas está asociada a varios fenómenos significativos, como la perpetración de actos terroristas, la exaltación de prejuicios y discriminación hacia determinados grupos, o los cuestionamientos a los consensos científicos, por ejemplo, en torno al cambio climático (Douglas, et al., 2019; van Prooijen & Douglas, 2017). A partir de estos estudios se ha buscado entender cómo y por qué se generan, a través de qué medios se difunden y, sobre todo, cuáles son las características que hacen que algunas personas, más que otras, adhieran a ciertas teorías conspirativas.

Hoy sabemos que muchas teorías conspirativas surgen en contextos de gran conmoción social, ante eventos inesperados que tensionan las explicaciones disponibles por parte de las sociedades. Un férreo aislamiento social, así como las desigualdades sociales existentes, pueden contribuir también a generar nuevas teorías conspirativas ya que, en muchos casos, estas constituyen intentos por dotar de sentido a situaciones que algunos grupos perciben como injustas o amenazantes (Lewandowsky & Cook, 2020). A su vez, el uso masivo de redes sociales ha amplificado el alcance y rapidez de circulación de teorías conspirativas compartidas por sus adherentes, pero también, muchas veces propagadas por cuentas falsas o bots (Allyn, 20 May 2020; Bessi, Coletto, Devidescu, Scala, Caldarelli, & Quattrociocchi, 2015).

Sin embargo, no todas las personas son interpeladas de igual manera por los argumentos conspirativos que circulan por Internet y otros espacios sociales. Los estudios han señalado que quienes adoptan alguna creencia conspirativa tienden más fácilmente a ser permeables a otras, como han identificado los estudios sobre mentalidad o pensamiento conspirativo (Sutton & Douglas, 2020; Uscinski & Parent, 2014).

Las personas que adoptan creencias conspirativas tienen ciertas características recurrentes: tienden a ser más varones que mujeres, de minorías étnicas o raciales, en situación de desempleo o con bajos ingresos, personas solteras y con una red social

más bien pequeña (Uscinski & Parent, 2014). Entre los factores sociodemográficos, no obstante, la educación resulta el más destacado. Un mayor nivel educativo parece actuar como amortiguador frente a las creencias conspirativas (van Prooijen, 2017), en parte porque contribuye al desarrollo de un pensamiento más analítico, el cual parece tener un efecto de inmunidad ante este tipo de creencias. Algunos trabajos han vinculado la adopción de teorías conspirativas con factores psicopatológicos, como la paranoia y la esquizotipia (Darwin, Neave, & Holmes, 2011; Imhoff & Lamberty, 2018), mientras que otros han identificado ciertas relaciones entre rasgos de personalidad, como una menor apertura hacia nuevas experiencias o la amabilidad, aunque estos resultados no han sido en absoluto concluyentes (Goreis & Voracek, 2019). La falta de autoestima, altos niveles de estrés y la percepción de amenazas también han sido identificadas entre creyentes en teorías conspirativas (Cichocka, Marchlewska, & De Zavala, 2016; Georgiou, Delfabbro, & Balzan, 2020). Estos aspectos se asocian con dos líneas de fuerte exploración en el ámbito de estudios de las creencias conspirativas: sus vínculos con determinados estados emocionales y con el control percibido frente a una situación. Así, niveles altos de ansiedad, preocupación o miedo contribuyen a la adhesión a creencias conspirativas, a la vez que estas emociones suelen ser consecuencia de los esfuerzos cognitivos de las personas por dotar de algún sentido a un acontecimiento que les resulta insólito o inesperado. La percepción de un menor nivel de control frente a una situación se asocia con el pensamiento conspirativo: pareciera que, en algunas personas, las creencias conspirativas les permiten restaurar un estado de certeza ante situaciones que las angustian o desbordan (Cichocka, Marchlewska, de Zavala, & Olechowski, 2016; Green & Douglas, 2018).

En síntesis, existe un creciente consenso en torno a que la adhesión a creencias conspirativas no es necesariamente una expresión pura de irracionalidad o emocionalidad, sino que responde a una racionalidad motivada. Estas motivaciones pueden ser de tipo epistémicas (es decir, generar una comprensión estable e internamente consistente ante situaciones inesperadas), motivaciones existenciales (dotarse de una sensación de control y seguridad frente a la incertidumbre) y motivaciones relacionales o sociales (mantener una imagen positiva de sí misma y del propio grupo en un contexto percibido como amenazante) (Douglas, Sutton, & Cichocka, 2017). En torno a estas motivaciones, algunos trabajos desde la Psicología Política han considerado también la relevancia de la ideología política, sobre todo en sus posiciones extremas, las simpatías partidarias o la desconfianza institucional (Sutton & Douglas, 2020). A su vez, se ha evidenciado que las creencias conspirativas guardan una estrecha relación con el pensamiento mágico y supersticioso, las

creencias religiosas y las paranormales, puesto que estas creencias involucran procesos y motivaciones psicológicas similares entre sí (Darwin, et al., 2011; Franks, Bangerter, & Bauer, 2013; Lindeman & Aarnio, 2007).

El presente capítulo analiza algunos factores que permiten caracterizar la adopción de creencias conspirativas sobre el coronavirus en población argentina. En particular, destacamos diversos factores sociodemográficos (edad, nivel educativo y género), religiosos (adscripción religiosa, control percibido por Dios) y psicosociales (creencia en mundo justo, ideología política y sentimientos de responsabilidad colectiva). Finalmente, avanzamos también en la relación entre las creencias conspirativas y las actitudes genéricas hacia las medidas gubernamentales de gestión de la pandemia.

¿Cómo realizamos el estudio?

Los datos reportados por este trabajo fueron recogidos en el marco de un estudio más amplio que, con fines de comparación internacional, retomó la mayoría de las preguntas utilizadas por la encuesta Coronavirus, Bienestar y Religión (El Colegio de la Frontera – COBIRE, 2020), también aplicado en Uruguay (Da Costa & Pereira Arenas, 2020). Dicho estudio se focalizó mayormente en indagar continuidades y cambios en las prácticas religiosas y espirituales a partir de las medidas de aislamiento social. A dicho cuestionario le incorporamos algunos instrumentos más típicos del campo de la Psicología Política para abordar en particular las creencias conspirativas. Por ejemplo, recurrimos a la escala de creencia global en un mundo justo de Lipkus (1991), adaptada para el contexto argentino por Barreiro, Etchezahar y Prado-Gascó (2014); la escala de control mediado por Dios de Berrenberg (1987); el auto-posicionamiento ideológico y las opiniones respecto a las medidas de gobierno frente a la pandemia, así como una serie de escalas breves sobre percepción de responsabilidades frente a la pandemia basadas en parte en la propuesta previa de Helmer, Krämer y Mikolajczyk (2012), a partir de la cual elaboramos una escala *ad hoc* de responsabilidad colectiva frente al coronavirus.

Difundimos un cuestionario online a través de redes sociales, utilizando algunas de las estrategias de promoción ofrecidas por Facebook, entre fines de junio y principios de agosto de 2020. En total, 952 personas mayores de 18 años con residencia en Argentina completaron el cuestionario. Dado que las y los participantes no fueron seleccionados aleatoriamente, los resultados obtenidos no

son representativos del total de la población. En este sentido, los datos fueron utilizados principalmente para explorar hipótesis que emergen de otros trabajos sobre creencias conspirativas, más que para garantizar en qué medida cada propuesta teórica goza de adhesión social en el contexto nacional. Se sugiere considerar estas particularidades del estudio como precaución para la lectura e interpretación de la información aquí reseñada.

Como suele suceder en este tipo de estudios online, la muestra presentó diversos sesgos de género (66% de mujeres frente a 34% de varones), nivel educativo (el 46% reportó nivel universitario completo o superior, cuando en la población general es del 21%), etarios (hay una mayor representación de la población mayor de 61 años que en el conjunto poblacional) y de ocupación (sólo 3,4% reportó estar en situación de desempleo, mientras que un porcentaje superior a la media poblacional señaló estar jubilado o ser estudiante). Del total de participantes, 36,2% correspondieron a personas residentes en Ciudad Autónoma de Buenos Aires o provincia de Buenos Aires, 34,6% a la región central del país (Córdoba, Santa Fe y La Pampa), 12,6% a residentes en Cuyo (Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja), 7,1% a la región del Noroeste argentino, 4,6% a la región Noreste (la menos representada en comparación a la población general) y 4,8% a provincias de la Patagonia. A continuación, exponemos los principales resultados a la vez que comparamos los mismos con datos recabados por otros estudios disponibles.

Negacionismo y conspiración: creencias sobre el coronavirus en Argentina

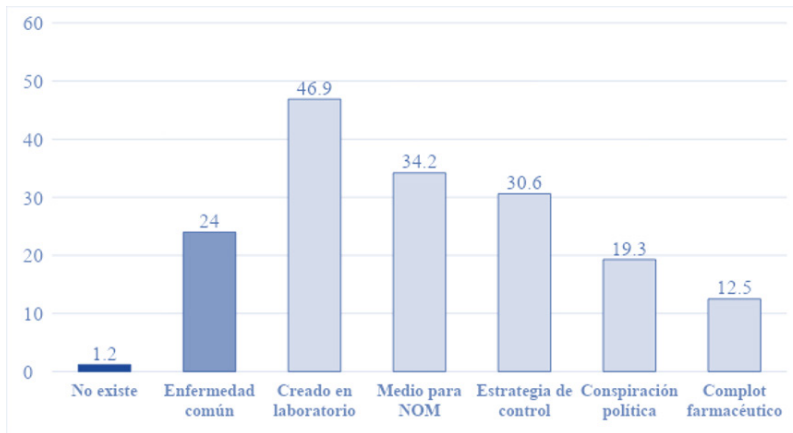
Para explorar cómo las personas responden ante las demandas epistémicas de dotar de sentido a la pandemia, indagamos su adhesión a diversas creencias sobre el coronavirus a partir de las propuestas evaluadas en México y Uruguay. Ante cada afirmación, que incluyó también ideas sobre causas religioso-apocalípticas y naturalistas del virus (no reportadas aquí), preguntamos a las personas si las consideraban “Ciertas” o “Falsas”.

La gran mayoría consideró cierta la afirmación “Es una enfermedad provocada por un virus” (98,9%). En contraposición, el negacionismo absoluto de la COVID-19 fue minoritario (sólo 1,2% respondió que “No existe”), aunque el negacionismo moderado (“es una enfermedad común”) recogió 23,5% de adhesiones. En parte, esto puede deberse a que, durante el tiempo que se recogieron las opiniones sólo

algunas jurisdicciones subnacionales (CABA y gran Buenos Aires, Chaco, Jujuy) enfrentaban estadísticas preocupantes en términos del alza de curvas de contagio y mortandad por millón de habitantes. Seis de cada diez participantes adhirió al menos a una de las teorías conspirativas relevadas, siendo la creencia más extendida que el virus no ha tenido un origen natural, sino que fue creado en un laboratorio (46,9%). Se trata de una teoría asentada en una creencia etiológica sobre el virus que, si bien ha sido descartada por fuentes expertas, no presupone una motivación determinada por parte los grupos a los que se le asigna la responsabilidad final de la pandemia. Las que le siguen, no obstante, suponen una clara sospecha de que un interés oculto guía el comportamiento de los supuestos agentes de la pandemia. Así, la creencia de que el virus es un plan para generar un Nuevo Orden Mundial fue señalada como cierta por un 34,2%, mientras un 30,6% adhirió a la afirmación de que el virus constituye una estrategia de control. Un 19,3% señaló que la pandemia es producto de una conspiración política, mientras que un 12,5% cree que la enfermedad es un complot de laboratorios farmacéuticos para vender más vacunas¹ (Ver Figura 1).

Figura 1

Adhesión a creencias sobre coronavirus



Porcentajes de “cierta” para cada afirmación.

Fuente: elaboración propia

1 Como podrán advertir, en la indagación se obviaron otras teorías conspirativas sobre el coronavirus con énfasis particulares pero que tuvieron circulación social, como la idea de que el virus fue producido y usado por China o bien por los Estados Unidos como un arma biológica, que es producto de la emisión de radiación de antenas de tecnología G-5, o que constituye un virus extraterrestre.

En general, la proporción de adhesión a una o más teorías conspirativas sobre el coronavirus es similar a la identificada por sondeos de opinión pública de consultoras privadas en los meses que realizamos el estudio, aunque hay algunas diferencias en torno a los porcentajes de acuerdo para cada creencia (Consultora 3puntozero, 2020; Zuban Córdoba y Asociados, 2020). En una encuesta online aplicada a 845 adultos de Estados Unidos, se advirtió que al menos un tercio de las personas adhirió a una o más conspiraciones sobre la COVID-19 (Earnshaw, Eaton, Kalichman, Brousseau, Hill, & Fox, 2020). Un informe del Pew Research Center reportó que al menos 25% de las personas de estadounidenses cree que la pandemia responde a un plan de secretos grupos poderosos (Schaeffer, 24 July 2020), porcentaje que se sitúa de manera equidistante entre quienes consideran en Argentina que se trata de un plan para generar un Nuevo Orden Mundial y quienes afirman que es una conspiración política. Estas dos últimas son creencias de tipo conspirativo sistémicas, es decir, trascienden la crisis pandémica y cuentan con una larga historia de adherentes, difusores y acontecimientos a los que se las han asociado.

Al menos un tercio de quienes participaron del estudio tienden a una mentalidad conspirativa, puesto que afirman como ciertas dos o más de las teorías conspirativas evaluadas. Todas las creencias conspirativas relevadas, incluso el negacionismo absoluto y el moderado, se asocian de manera positiva y con significación estadística entre sí, lo cual nos sugiere que las creencias conspirativas tienden a reforzarse mutuamente en algunas personas. Son varios los sets de combinaciones de creencias posibles, pero el más habitual implica entender la pandemia como una estrategia de control asociada con la creencia de que es fruto de una conspiración política, un medio para generar un Nuevo Orden Mundial y/o un complot farmacéutico para obligarnos a usar vacunas.

¿Quiénes adhieren a las creencias conspirativas sobre el coronavirus en Argentina?

Características sociodemográficas

Al distinguir entre quienes adhieren o no a teorías conspirativas sobre el coronavirus, no identificamos diferencias estadísticas significativas en los factores sociodemográficos: edad, género de participantes, región de residencia y nivel educativo (Ver Anexo 1). No obstante, a partir de los porcentajes, se advierte que las mujeres tienden un poco más que los varones a creer en al menos una teoría

conspirativa sobre el coronavirus. Las personas que residen en CABA o provincia de Buenos Aires son las que menos adhieren de forma comparada a una teoría conspirativa (57%) y las personas que residen en provincias del noreste argentino (NEA) son las que más adhesión evidencian (75%).

A su vez observamos que a mayor nivel educativo, menor adhesión a teorías conspirativas sobre el coronavirus, en línea con lo señalado por el sondeo de opinión pública de Zuban Córdoba y Asociados (2020). A diferencia de este informe, aquí es mayor el promedio de edad de las personas que afirman creer en al menos una de las conspiraciones que habría provocado la pandemia (40 años de edad entre los que no adhieren, 45 años de promedio entre los que adhieren a una o más).

Religión y creencias conspirativas sobre el coronavirus

Al considerar la adscripción religiosa de las personas advertimos que quienes se categorizaron como sin religión (ateos/as, agnósticos o ninguna religión) son quienes menos tienden a creer en creencias conspirativas (el 57,7% no adhieren). Las personas católicas ocupan un lugar intermedio, aunque un 64% adhiere a una o más creencias de tipo conspirativo sobre el coronavirus. En contraposición, quienes identificamos como espirituales o creyentes sin religión de pertenencia y cristianos/as no católicos/as son quienes más creen en alguna teoría conspirativa sobre el coronavirus: 76% y 73% de adhesión respectivamente².

En el primer caso, se trata de un dato llamativo, puesto que al manifestar que no tienen ninguna religión de pertenencia, estas personas suelen quedar enmarcadas bajo el rótulo de los/as “sin religión” (por ejemplo, en la *Encuesta Nacional de Creencias y Actitudes Religiosas*, Mallimaci, Giménez Beliveau, Esquivel, & Irrazábal, 2019). Sin embargo, como puede advertirse, existen diferencias significativas entre unas y otras. A diferencia de las personas sin religión, quienes categorizamos como espirituales o creyentes sin religión reportan alguna creencia en una divinidad o entidad superior, a la vez que realizan numerosas prácticas religiosas y/o espirituales, como practicar yoga (27,7%), ejercicios de meditación (53,1%), rezar u orar (33,8%), uso de medicinas alternativas (24%), lectura de cartas de tarot

2 No reportamos los datos de quienes han quedado categorizadas/os como “Otra adscripción” puesto que constituye una categoría que recoge muy diversas identificaciones, como budistas, religiones afro, judíos/as, musulmán, Wicca, entre otras.

(16,4%), entre otras³. Algunos estudios han identificado una creciente articulación entre teorías conspirativas y algunas expresiones de las espiritualidades de la Nueva Era, fenómeno que Ward y Voas (2011) han denominado *conspiritualidad* (*conspirituality*). Se trataría de un movimiento que circula mayormente por redes sociales y que promueve un sistema de creencias alimentado por la desilusión política y la popularidad de ciertas visiones de mundo alternativas. No podríamos afirmar que la mayor adhesión a creencias conspirativas por parte de espirituales o creyentes sin religión se corresponde con este movimiento, pero constituye una hipótesis a considerar en futuros estudios.

El caso de cristianos/as no católicos/as recoge sobre todo a personas que se identificaron como evangélicas, aunque también se incluyeron adventistas, Testigos de Jehová o personas que se adscribieron como integrantes de otras iglesias cristianas. Se trata, en términos comparados, de quienes reportan mayor cantidad de prácticas religiosas: rezar u orar (87,3%), realizar lectura o estudios bíblicos (89%), participar de servicios religiosos comunitarios (87,3%), de cadenas de oración (51,8%), o compartir imágenes religiosas en redes sociales (43,6%). A través de un estudio similar al presente pero con población evangélica, Mosqueira y Carnival (2020) identificaron que un 26% asoció el coronavirus a conspiraciones que buscan la implantación de un nuevo orden mundial. En nuestro caso, 47% de cristianos/as no católicos/as adhirió a dicha teoría. No obstante, debe considerarse que estos/as participantes presentaron menor nivel educativo respecto a otros/as que respondieron la encuesta, lo cual podría implicar que otros factores tengan más peso explicativo respecto a sus creencias conspirativas que la adscripción religiosa en sí. En el cuestionario no indagamos otros aspectos referidos a creencias religiosas, por lo cual no podemos profundizar en sus particularidades.

Analizar la relación entre religión y creencias conspirativas no es casual. La asignación de responsabilidades a entes poderosos, omnipresentes y/o invisibles como un modo de recuperar cierta sensación de control remite en algún sentido al pensamiento religioso, como también a las creencias conspirativas y las paranormales. Si bien cada una de estas creencias tiene sus características específicas, los estudios han identificado patrones comunes en las necesidades y motivaciones psicológicas que orientan a las personas a adoptar las mismas. Tanto las creencias conspirativas como las religiosas parecen emerger de una tendencia

3 Si bien las personas categorizadas como sin religión también recurren a ciertas prácticas (sobre todo yoga y meditación), las reportan en proporciones inferiores al resto de participantes.

humana general a identificar patrones o agencia en la naturaleza (Wood & Douglas, 2018), a la vez que se ven impulsadas por eventos que amenazan la sensación de control personal (Kay et al., 2010) y cumplen una función de restaurar la sensación de orden a partir de afirmar la existencia de poderosas fuerzas externas a la persona en diversos acontecimientos.

Aunque numerosas personas creyentes pueden considerar que Dios o la divinidad incide de una manera u otra en sus vidas, sólo algunas personas tienden a atribuirle a ésta la *causa última* de todo lo que pasa. En estas creencias, aparece una sensación de control divino que decide autoritativamente sobre la dirección y el curso de los acontecimientos, esto es, una fuerza poderosa que trasciende a las personas y que tiene intenciones determinadas para la sociedad o para cada quien en particular. Diversos estudios psicológicos han indagado este aspecto como la sensación de control mediado por Dios (Berrenberg, 1987; Krause, 2005). Se trata de una propuesta que complementaría los abordajes de las teorías del *locus de control*, las cuales postulan que existen diferencias entre las personas respecto a sus creencias sobre el control del entorno en el cual viven, sea que le atribuyen causas internas o personales, o bien externas o ambientales.

Al considerar la adhesión o no a teorías conspirativas sobre el coronavirus, advertimos que hay una relación positiva entre el control mediado por Dios y las creencias conspirativas entre participantes del estudio. La asociación resulta esperable, puesto que algunos estudios ya han indicado que las personas creyentes que asignan control total a Dios frente a situaciones traumáticas, como una enfermedad terminal (Cole, 2005) o una catástrofe natural (Aten et al., 2008), tienden a afrontarlas de manera más positiva. Pero, a su vez, la relación entre el control mediado por Dios y la adhesión a teorías conspirativas sobre el coronavirus nos sugiere diversas motivaciones epistémicas en algunas personas, ya que buscarían algún tipo de orden y certeza ante el avance de la pandemia y la incertidumbre que genera.

Factores psicopolíticos y creencias conspirativas sobre el coronavirus

El orden, el control percibido, el hacer predecibles situaciones sociales y evitar así la ambigüedad de información del entorno, son modos habituales a los que recurren algunas personas para enfrentar la incertidumbre. En este sentido, desde la Psicología Política se han estudiado diversos aspectos, dentro de los cuales destaca la creencia en un mundo justo, el fatalismo o, asociado a estas preferencias,

la ideología política de las personas.

La creencia en mundo justo implica la idea de que el mundo es controlable mediante el propio esfuerzo: cada quien obtiene lo que merece y merece lo que obtiene (Lerner, 1980). El fatalismo, en cambio, sustenta la idea de que todo es incontrolable y producto de un orden predestinado que nos excede (Barreiro & Zubieta, 2009). Ambas son creencias que sirven a ciertas personas para negar o justificar las injusticias de un entorno que les resulta amenazante u hostil.

Entre las personas que adoptan al menos una teoría conspirativa, observamos un mayor nivel de creencia en un mundo justo. A su vez, estas personas tienden más a creer que la prevención ante el coronavirus está más allá del control de cada persona, una sintética visión fatalista ante la enfermedad (Ver Anexo 1). Ambas creencias se asocian con el control mediado por Dios: en definitiva, estas creencias parecen integrarse para dar cuenta de una sensación de ineficacia o de falta de control personal que, en algunos casos, conllevaría a la adopción de explicaciones de tipo conspirativo sobre la situación de pandemia. No resulta ilógico pensar que, en el marco de la pandemia de COVID-19, resulte extendido el sentimiento de que no tenemos control alguno sobre la situación. Se trata de un acontecimiento insólito y de gran alcance, que impactó en casi todos los planos de la vida de las sociedades. Numerosas personas lo afrontan con temor, preocupación o ansiedad, lo cual contribuye al sentimiento de ineficacia personal (Flesia et al., 2020). A su vez, a partir de las medidas de aislamiento o distanciamiento social dispuestas por las autoridades y recomendadas por expertos, se modificaron radicalmente nuestras experiencias cotidianas en cuestión de horas, viéndose limitados nuestros planes. Aunque la adhesión a creencias conspirativas sobre el coronavirus buscaría responder a necesidades psicológicas que derivan de esta falta de control percibida, también puede promover comportamientos de riesgo para las personas y sus entornos sociales.

Por eso, indagamos la relación entre los sentimientos de responsabilidad colectiva ante la pandemia y la adopción de creencias conspirativas sobre el coronavirus. Nos referimos específicamente a una serie de opiniones respecto a la importancia asignada a los propios comportamientos como parte de un mecanismo más amplio de control y prevención de la pandemia. Estas creencias suponen que algunas personas han interiorizado las recomendaciones de expertos y expertas, y se sienten responsables ante su entorno (familia, comunidad, sociedad) para ayudar a disminuir la circulación y el contagio del coronavirus, evitando así una mayor letalidad. En consecuencia, las personas que manifestaron un mayor sentimiento

de responsabilidad colectiva ante la pandemia, tienden a adherir menos a creencias de tipo conspirativo.

Finalmente, tanto la creencia en mundo justo como el determinismo fatalista se han relacionado con el espectro ideológico de derecha o el conservadurismo político. Si bien el fatalismo se asocia más con el rechazo al cambio, puesto que no habría una percepción de que las situaciones puedan mejorarse por más que lo intentemos, la creencia en mundo justo también contribuiría a la defensa del *status quo* porque aporta una justificación a las injusticias sociales, a la vez que atribuye de manera genérica la responsabilidad a las personas de lo que les acontece.

Entre las personas que participaron del estudio se advierte que quienes adhieren a creencias conspirativas se posicionan más a la derecha del espectro ideológico que quienes no. Estas personas a su vez puntúan más alto en creencia en mundo justo, en control mediado por Dios y adhieren más a la idea de que la prevención del virus escapa al control de cada ser humano. En contraposición, presentan menores niveles de sentimientos de responsabilidad colectiva ante el coronavirus.

Ahora bien, ¿qué consecuencias puede tener la adherencia a teorías conspirativas sobre el coronavirus? Al menos, hemos documentado dos: por un lado, las personas con creencias conspirativas que participaron del estudio opinan de forma genérica que las medidas de las autoridades gubernamentales para gestionar la pandemia han sido exageradas ($r = .354$, $p < 0.001$). Asimismo, estas personas tendieron a salir más veces de sus casas durante la semana anterior a sus respuestas, a pesar de que en la mayoría de las jurisdicciones subnacionales regían medidas de aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) ($r = .161$, $p < 0.001$). Para evaluar esta última cuestión, se controló a quienes estuvieran en una situación de trabajo presencial y/o fueran trabajadores esenciales habilitados.

Conclusiones

Desde hace ya algo más de una década la Psicología Política ha mostrado un mayor interés en estudiar y comprender por qué algunas personas se vuelcan a creencias conspirativas de diversos tipos para dotarse de certezas, mayor seguridad ante la incertidumbre y una imagen positiva de sí mismas o de su grupo. Dichas contribuciones resultan sumamente relevantes en el marco de una situación como

la que atraviesa el mundo a partir de la pandemia de COVID-19.

La situación de pandemia parece cumplir con todos los requisitos para que diversas teorías conspirativas circulen, se propaguen y encuentren nuevos adherentes. Por lo pronto, es un fenómeno global inesperado, que paralizó la vida de numerosas sociedades y que puede escapar a la comprensión de numerosas personas, a la vez que sus experiencias cotidianas se han visto fuertemente condicionadas por el aislamiento social, y la parálisis económica y social que ha intensificado las desigualdades sociales. Es un proceso del cual no se conoce aún final (salvo por las promesas de vacunación masiva), y en el cual la incertidumbre, pero también la falta de información de personas expertas y autoridades y las muy contradictorias respuestas evidenciadas en cada jurisdicción nacional y subnacional, pueden contribuir fácilmente a la confusión o incluso al pánico colectivo (Drury, 2020).

A partir de los datos recabados, hemos podido evidenciar que la prevalencia de teorías conspirativas sobre el coronavirus es alta entre participantes residentes en Argentina: seis de cada diez personas señalaron como ciertas alguna de las teorías conspirativas relevadas. Dichas creencias conviven con otras, que no hemos reportado aquí, tanto de fuentes científicas (la casi totalidad de participantes considera que el virus existe y que no es una enfermedad común), como de tipo naturalista o religioso-apocalípticas.

No hemos identificado diferencias sociodemográficas significativas entre creyentes y no creyentes en teorías conspirativas, excepto que el nivel educativo de las personas tiende a ser menor entre las y los primeros. Pero sí hemos podido observar diferencias en la adscripción religiosa, el control mediado por Dios, la creencia en mundo justo, los sentimientos de responsabilidad colectiva ante la pandemia y el autopoicionamiento ideológico de las personas, tanto en su adhesión (o no) a creencias conspirativas sobre el coronavirus, como en sus actitudes hacia las medidas de gobierno para gestionar la pandemia. En este sentido, cristianos/as no católicos/as (sobre todo, personas evangélicas) y espirituales o creyentes sin religión de pertenencia, son quienes más sostienen creencias conspirativas sobre el coronavirus. Las personas que atribuyen mayor control a Dios frente a las situaciones del entorno, que tienden más a una creencia de que el mundo es justo tal como es, que adoptan una posición fatalista frente al coronavirus y que se identifican hacia la derecha del espectro ideológico, adhieren más a creencias conspirativas. La llamada “grieta” o polarización política parece permear también en las creencias y opiniones que las personas tienen respecto al coronavirus, a

juzgar por los resultados de este estudio, pero también por los datos reportados por consultoras privadas de opinión pública (Zuban Córdoba y Asociados, 2020) u otros estudios internacionales (Uscinski et al., 2020). La adopción de estas creencias, a su vez, se relaciona con un menor sentimiento de responsabilidad colectiva ante la pandemia y con la opinión general de que las medidas de gobierno han sido exageradas.

Es necesario, por lo tanto, reflexionar cómo la extendida adopción de teorías conspirativas sobre el coronavirus entre participantes del estudio puede acarrear diversas consecuencias sociales. Por un lado, nos parece necesario seguir profundizando en la articulación entre diversos sistemas de creencias (religiosos, de espirituales de la Nueva Era, conspirativos, paranormales, etc.) y sus relaciones con actitudes hacia el conocimiento científico, la intención de vacunarse, o el cumplimiento de protocolos de distanciamiento social. Los datos parecen sugerir diversas instancias de colisión entre estos sistemas de pensamiento y de creencias.

Por otro lado, al considerar la relación entre el autopoicionamiento ideológico de derecha y menores sentimientos de responsabilidad colectiva en la prevención de la COVID-19, resulta importante conocer en qué medida impactan en la desconfianza institucional y en un mayor rechazo de algunos sectores de la sociedad a las medidas adoptadas por gobiernos nacionales, provinciales y/o municipales en la gestión de la crisis pandémica. Debe considerarse que, cuando recabamos las opiniones de las y los participantes, apenas se comenzaban a evidenciar las terribles consecuencias que la COVID-19 ha tenido en el país: al inicio del estudio, se habían reportado poco más de 50 mil casos y 1200 fallecidos, pero a la fecha (8 de diciembre de 2020), más de 40 mil personas perdieron la vida por complicaciones derivadas del coronavirus, a la vez que se registran casi 1.5 millones de contagios.

A modo de cierre, nos parece relevante considerar las reacciones que la promoción del cuestionario generó en algunas redes sociales (sobre todo, Facebook). En un estudio en el cual algunas de las preguntas indagaban la adhesión a diversas teorías conspirativas, algunas personas especularon a través de sus comentarios que se trataba de una investigación encargada por la CIA (uno de los investigadores es profesor de una universidad estadounidense), a la vez que otras señalaron que el estudio formaba parte de un sondeo encargado por el gobierno nacional para *controlarnos* (sic). Algunos usuarios insistieron en comentarios que el coronavirus no existe y que es un invento, compartiendo videos de YouTube que sustentan dichas teorías. En definitiva, las creencias de tipo conspirativo circulan y

se articulan con una racionalidad propia, la necesidad que tienen algunas personas de restablecer un marco de certezas, que no contradiga sus propias creencias y opiniones. Consideramos que tratar de comprender y desarticular las creencias conspirativas sobre el coronavirus constituye un ejercicio cotidiano para todas las personas, y que enfatiza la importancia de una mayor alfabetización científica en nuestra sociedad.

Referencias:

- Allyn B. (2020). Researchers: Nearly half of accounts tweeting about coronavirus are likely bots. 20 May. Recuperado de <https://www.npr.org/sections/coronavirus-live-updates/2020/05/20/859814085/researchers-nearly-half-of-accounts-tweeting-about-coronavirus-arelikely-bots>
- Aten, J. D., Moore, M., Denney, R. M., Bayne, T., Stagg, A., Owens, S., Daniels, S., Boswell, S., Schenck, J., Adams, J., & Jones, C. (2008). God Images following Hurricane Katrina in South Mississippi: An Exploratory Study. *Journal of Psychology and Theology*, 36(4), 249–257. doi: <https://doi.org/10.1177/009164710803600401>
- Bale, J. M. (2007). Political paranoia v. political realism: on distinguishing between bogus conspiracy theories and genuine conspiratorial politics. *Patterns of Prejudice*, 41, 45–60.
- Barreiro, A.; Etchezahar, E. & Prado-Gascó, V. (2014). Creencia global en un mundo justo: validación de la escala de Lipkus en estudiantes universitarios de la ciudad de Buenos Aires. *Interdisciplinaria*, 31(1), 57-71.
- Barreiro, A. & Zubieta, E. (2009). Negación de las injusticias sociales y necesidad de control sobre el medio: creencia en el mundo justo y fatalismo. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Berrenberg, J. L. (1987). The Belief in Personal Control Scale: A Measure of God-Mediated and Exaggerated Control. *Journal of Personality Assessment*, 51, 194-206.
- Bessi, A., Coletto, M., Devidescu, G. A., Scala, A., Caldarelli, G., & Quattrociocchi, W. (2015). Science vs conspiracy: Collective narratives in the age of misinformation. *PLOS ONE*, 10, e0118093. doi:10.1371/journal.pone.0118093

- Cichocka A, Marchlewska M, de Zavala AG, Olechowski M. (2016). 'They will not control us': Ingroup positivity and belief in intergroup conspiracies. *British Journal of Psychology*, 107(3), 556–576.
- Cichocka, A., Marchlewska, M., & de Zavala, A. G. (2016). Does self-love or self-hate predict conspiracy beliefs? narcissism, self-esteem, and the endorsement of conspiracy theories. *Social Psychology and Personality Science*, 7, 157–166.
- Consultora 3puntozero (2020). <https://realpolitik.com.ar/nota/40206/encuesta-mas-de-la-mitad-de-los-argentinos-creen-en-teorias-conspirativas-por-el-covid-19/>
- Cole, B. S. (2005). Spiritually-focused psychotherapy for people diagnosed with cancer: A pilot outcome study. *Mental Health, Religion and Culture*, 8, 217–226.
- Darwin, H.; Neave, N. & Holmes, J. (2011). Belief in Conspiracy Theories: The Role of Paranormal Belief, Paranoid Ideation and Schizotypy. *Personality and Individual Differences*, 50(8), 1289–1293.
- Douglas, K M; Sutton, R M & Cichocka, A. (2018). The psychology of conspiracy theories. *Current Direction on Psychological Science*, 26(6), 538–542.
- Douglas, K. M. et al. (2019). Understanding Conspiracy Theories. *Political Psychology*, 40(1), 3–35.
- Douglas, K. M., Sutton, R. M., & Cichocka, A. (2017). The Psychology of Conspiracy Theories. *Current Directions in Psychological Science*, 26(6), 538–542.
- Drury, J. (2020). Why collective behaviour will get us through the Covid-19 pandemic. University of Sussex. Recuperado de <http://www.sussex.ac.uk/broadcast/read/51930>.
- El Colegio de la Frontera - COBIRE (2020). Encuesta sobre Coronavirus, Bienestar y Religión. *Documentos de Contingencia*, 13. recuperado de <https://www.colef.mx/estudiosdeelcolef/encuesta-sobre-coronavirus-bienestar-y-religiosidad-cobire-2020/>
- Flesia, L., Monaro, M., Mazza, C., Fietta, V., Colicino, E., Segatto, B., & Roma, P. (2020). Predicting Perceived Stress Related to the Covid-19 Outbreak through Stable Psychological Traits and Machine Learning Models. *Journal of Clinical Medicine*, 9(10), 3350. doi: 10.3390/jcm9103350
- Franks, B., Bangerter, A. & Bauer, M. W. (2013). Conspiracy theories as quasi-religious mentality: An integrated account from cognitive science, social representations theory, and frame theory. *Frontiers in Psychology*, 4(424), 1–12. doi: 10.3389/fpsyg.2013.00424.
- Galotti, R., Valle, F.; Castaldo, N.; Sacco, P. & De Domenico, M. (2020). Assessing the risks of 'infodemics' in response to COVID-19 epidemics. *Nature Human Behaviour*, 4, 1285–1293. doi: 10.1038/s41562-020-00994-6.

- Georgiou, N., Delfabbro, P., & Balzan, R. (2020). COVID-19-related conspiracy beliefs and their relationship with perceived stress and pre-existing conspiracy beliefs. *Personality and individual differences*, 166, 110201. doi: 10.1016/j.paid.2020.110201.
- Green, R. & Douglas, K.M. (2018). Anxious attachment and belief in conspiracy theories. *Personality and Individual Differences*, 125, 30–37.
- Helmer, S. M, Krämer, A., & Mikolajczyk, R. T. (2012). Health-related locus of control and health behaviour among university students in North Rhine Westphalia, Germany. *BMC research notes*, 5(1), 703. doi: 10.1186/1756-0500-5-703.
- Imhoff, R. & Lamberty, P. (2018). How paranoid are conspiracy believers? Toward a more fine-grained understanding of the connect and disconnect between paranoia and belief in conspiracy theories. *European Journal of Social Psychology*, 48(7), 900-926. doi: 10.1002/ejsp.2494.
- Kay, A. C., Gaucher, D., McGregor, I., & Nash, K. (2010). Religious belief as compensatory control. *Personality and Social Psychology Review*, 14(1), 37-48.
- Krause, N. (2005). God-Mediated Control and Psychological Well-Being in Late Life. *Research on aging*, 27(2), 136-164.
- Lerner, M. (1980). *The belief in a just world: a fundamental delusion*. New York: Plenum.
- Lewandowsky, S. & Cook, J. (2020). Guía Para las Teorías de la Conspiración. Recuperado de <https://www.climatechangecommunication.org/conspiracy-theory-handbook/>
- Lindeman, M., & Aarnio, K. (2007). Superstitious, magical, and paranormal beliefs: An integrative model. *Journal of Research in Personality*, 41, 731–744.
- Mallimaci, F, Giménez Beliveau, V, Esquivel, J. C., & Irrazábal, G. (2019). Segunda Encuesta Nacional de Creencias y Actitudes Religiosas de Argentina. Informe de investigación, 25. Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2019/11/ii25-2encuestacreencias.pdf>
- Mosqueira M. & Carnival S. (2020). Fe y pandemia. Resultados preliminares de la primera encuesta a personas evangélicas durante el confinamiento por COVID-19 en Argentina. Informes de Investigación CEIL (26). Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2020/11/ii26-fe-y-pandemia.pdf>
- Schaeffer, K. (2020). A look at the Americans who believe there is some truth to the conspiracy theory that COVID-19 was planned. FactTank, Pew Research Center. Recuperado de <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2020/07/24/a-look-at-the-americans-who-believe-there-is-some-truth-to-the-conspiracy-theory-that-covid-19-was-planned/>
- Sutton, R.M. & Douglas, K.M. (2020). Conspiracy theories and the conspiracy mindset: implications for political ideology. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 34, 118–122.

- Uscinski, E., Enders, A., Klostad, Seelig, M., Funchion, J., Everett, C., Wuchty, S., Premaratne, K., & Murthi, M. (2020). Why do people believe COVID-19 conspiracy theories?. *The Harvard Kennedy School Misinformation Review*, 1, Special Issue on COVID-19 and Misinformation. <https://doi.org/10.37016/mr-2020-015>
- Uscinski, J. E., & Parent, J. M. (2014). *American conspiracy theories*. New York, NY: Oxford University Press.
- Van Prooijen, J.W., & Douglas, K. M. (2017). Conspiracy theories as part of history: The role of societal crisis situations. *Memory Studies*, 10, 323–333.
- Van Prooijen, J.W. (2017). Why education predicts decreased belief in conspiracy theories. *Applied Cognitive Psychology*, 31(1), 50–58.
- Ward, C. & Voas, D. (2011): The Emergence of Conspiratoriality. *Journal of Contemporary Religion*, 26:1, 103-121.
- Wood, M. & Douglas, K. M. (2018). Are Conspiracy Theories a Surrogate for God? En: A. Dyrendal, D. G. Robertson & E. Asprem (ed.). *Handbook of Conspiracy Theory and Contemporary Religion*, 87-105. Hague: Brill.
- Zarocostas, J. (2020). How to fight an infodemic. *Lancet*, 395(10225), 676. doi: [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30461-X](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30461-X)
- Zuban Córdoba y Asociados (2020). Informe de coyuntura, Setiembre 2020. Recuperado de <https://zubancordoba.com/portfolio/informe-nacional-septiembre-2020/>

Anexo 1*Medidas descriptivas para muestra total, creyentes y no creyentes
en teorías conspirativas sobre el coronavirus*

	Total muestra % (N) o M (DS)	Creencias conspirativas sobre coronavirus (no adhiere) % (N) o M (DS)	Creencias conspirativas sobre coronavirus (adhiere al menos a una) % (N) o M (DS)	Diferencias <i>t</i> (df) or χ^2 (df)
Tamaño de muestra	100 (962)	37 (352)	63 (600)	
Características sociodemográficas				
Edad (rango: 18 a 91)	43.49 (17.58)	40.28 (16.77)	45.38 (17.78)	<i>t</i> (950)=2,825 χ^2 (2) = 0.78
Género (%)				
Masculino	34 (318)	36.6 (127)	32.4 (191)	
Femenino	66 (618)	63.4 (220)	67.6 (398)	
Máximo nivel educativo (%)				χ^2 (2) = .04
Primaria	1.5 (14)	0.6 (2)	2.4 (5)	
Secundaria	48.7 (464)	39.2 (138)	53.2 (109)	
Universitaria	49.8 (474)	60.2 (212)	44.4 (91)	
Región de residencia				χ^2 (10) = .10
Centro	34.8 (331)	40.5 (132)	31.6 (189)	
CABA y Bs. As.	36.2 (344)	34.2 (120)	37.4 (224)	
Cuyo	118 (12.1)	11.4. (40)	13 (78)	
NOA	7.1 (67)	6.3 (22)	7.5 (45)	
Patagonia	4.8 (46)	4.6 (16)	5 (30)	
NEA	4.6 (44)	3.1 (11)	5.5 (33)	
Religiosidad				
Religión de pertenencia				χ^2 (8) = .25**
Sin religión	22.1 (210)	34.3 (121)	14.8 (89)	
Espiritual / Creyente sin afiliación religiosa	18.6 (177)	11.6 (41)	22.7 (136)	
Católica	43.2 (411)	40.3 (142)	44.8 (269)	
Cristiana no católica / Evangélica	11.6 (110)	8.5 (30)	13.3 (80)	
Otra	4.6 (44)	5.1 (18)	4.3 (26)	
Control mediado por Dios (rango: 7 a 35)	20.75 (8.06)	17.85 (7.33)	22.46 (8.00)	<i>t</i> (917)=5,578*
Constructos psico-políticos				
Mundo Justo (rango: 7 a 35)	16.25 (6.34)	14.44 (5.64)	17.32 (6.46)	<i>t</i> (928)=6,370*
Sentimientos de responsabilidad colectiva (rango: 4 a 20)	16.89 (3.26)	17.42 (2.72)	16.57 (3.50)	<i>t</i> (932)=19,028**
Autoposicionamiento ideológico (rango: 1 a 5) (totalmente de derecha)	2.84 (0.81)	2.66 (0.77)	2.95 (0.81)	<i>t</i> (949)=3,844*
Fatalismo (Prevención de la COVID-19 excede el control de cada persona) (rango: 1 a 5)	2.71 (1.31)	2.57 (1.19)	2.79 (1.37)	<i>t</i> (936)=8,323*

Fuente: elaboración propia